

Ferrer, Aldo, *El empresario argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2014 (112 págs.), ISBN 978-987-614-449-0

En *El empresario argentino*, una de sus últimas obras, Aldo Ferrer aborda la temática nodular de la burguesía nacional, foco de atención de su extensa y profunda actividad profesional como economista. Justamente, el impulso de un empresariado nacional dispuesto a la inversión y la innovación fue perseguido por Ferrer en las numerosas oportunidades que abordó la gestión pública. Este afán por la argentinización del aparato industrial y su creación de conocimiento y tecnología puede atestiguararse en sus políticas de compra nacional y apertura del paquete tecnológico al encabezar el Ministerio de Obras Públicas y luego el Ministerio de Economía de la Nación a comienzos de los años setenta, como en el apoyo financiero a la pequeña y mediana empresa tecnológica desde su dirección del Banco de la Provincia de Buenos Aires en el retorno de la democracia. Por tanto, en este libro Ferrer toma provecho de toda su sapiencia acumulada a lo largo de los años y lo dirige al tratamiento de este inasible actor económico como objeto puro de investigación analítica. El resultado será un trabajo propositivo, al enumerar condiciones y directrices para alumbrar y forjar un empresariado nacional sólido y activo en la búsqueda de nuevas vías al desarrollo, que contribuya al enriquecimiento de una estructura productiva alineada a la incorporación de empleo, tecnología y los recursos naturales.

Ferrer nos señala la siguiente persistencia espacial y temporal: los países exitosos a nivel económico –aclarando de base, todas economías capitalistas de mercado– exhiben el sustantivo despliegue de sus empresas nacionales, especialmente en los sectores productivos estratégicos. En el caso argentino, la frustración de su burguesía nacional obedece al fracaso histórico de su economía en superar el estadio subindustrial. Ferrer recorre entonces la historia económica argentina, observando el rol desempeñado por la clase empresaria en cada una de las etapas de crecimiento e involución, buscando los impedimentos a su transformación en agente del desarrollo.

El libro se estructura de modo que, en una primera parte se estudia el empresario en el contexto nacional (del capítulo I al IV), y en una segunda en el orden de la globalización (del capítulo V al VII).

La primera parte comienza con la revisión de las fases históricas que subyacen al desenvolvimiento empresario. En el segundo capítulo, Ferrer expone su recetario destinado a la construcción del empresario nacional, formulando el planteo tanto de una estrategia viable de desarrollo como de un proceso de nacionalización de la economía doméstica. El tercer capítulo describe la evolución de la restricción externa, el tradicional cuello de botella de la economía argentina, manifiesto en el déficit comercial de manufacturas de origen industrial y ahora también en el sector energético. El cuarto capítulo es una contraposición entre el Estado neoliberal –de la dictadura y la convertibilidad– y el Estado nacional renacido tras la crisis socioeconómica terminal de 2001-2002.

La segunda parte del libro prosigue con la descripción de la geografía económica mundial e incluye una breve historia de la globalización, retomando el autor su producción historiográfica de fines de los años noventa y comienzos de los 2000. En el capítulo quinto se presta especial atención a las economías del Sudeste Asiático, donde los empresarios consiguieron alojarse en las actividades de frontera y proyectarse al mundo; además incluye un análisis de la relación comercial de Argentina y China. El capítulo sexto trata problemas contemporáneos de la globalización. Por último, el capítulo séptimo aborda la relación económica de Argentina y Brasil, trazando sus trayectorias comparadas y su integración económica aún inconclusa: el Mercosur.

La tesis principal del libro es que el empresario, aquí como en la China, es una construcción política. Según Ferrer, si trajéramos los empresarios más innovadores del mundo a la Argentina ejercerían las mismas prácticas que nuestra opaca burguesía, si lleváramos a los nuestros al Sudeste Asiático se comportarían al modo de los *chaebols*. Cuando el empresario argentino privilegia la especulación financiera a la producción o la venta del patrimonio a la defensa del mercado interno, la explicación no está en su material genético, sino en el contexto macroeconómico e institucional en el que se mueve. En consecuencia, Ferrer apunta hacia arriba y pronuncia: “¡Es el Estado...!”

El burgués argentino no es el héroe que necesitamos, es el antihéroe que merecemos. Y esto, es a causa de nuestra incapacidad como sociedad de alumbrar un Estado nacional desarrollista. Pero Ferrer, optimista como pocos, nunca se rindió al escepticismo frente a las circunstancias y nuestro escabroso historial; para él es posible construir un capitalismo argentino productivista sustentado en el emprendedurismo local, el progreso tecnológico y el ascenso social. En sintonía con la propuesta evansiana, Ferrer proclama por un sistema económico conducido por un Estado autónomo y eficiente que moldee, integre y articule a los agentes conforme a su estrategia nacional de desarrollo, sin disparar en el camino hacia las formas predatorias harto conocidas aquí como el neoliberalismo corporativista o el intervencionismo populista-clientelar. El Estado es la solución, no el problema; ¿pero qué Estado?, o mejor dicho, ¿qué política estatal?

Detectado el origen del síntoma, Ferrer hilvana *in extenso* las directrices de política económica que deberían ser sostenidas en aras de alcanzar el desarrollo y que permitirían resolver en el proceso la problemática empresaria. Retornado a su concepción de mediados de los años sesenta, Ferrer urge al Estado a encaminarse en la aplicación definitiva del “modelo industrial integrado y abierto”, único compatible con el florecimiento del empresariado autóctono.

Con una ancha base industrial, se cierran los casilleros vacíos de la estructura productiva desequilibrada y se va desatando –con la paciencia de Penélope más que con el frenesí de Alejandro– el nudo gordiano de la restricción externa. Sólo ensanchando los cimientos industriales, los sectores en las fronteras del conocimiento pueden enraizarse, dándole a su vez mayor celeridad a la transformación productiva. El Estado deberá conformar entonces espacios económicos de rentabilidad para las actividades más dinámicas y estratégicas –núcleo duro de la brecha externa– a fin de que el empresario nacional dirija allí su inversión, innovación y demanda de empleo, con un trasfondo que incluya a su vez el pleno desenvolvimiento del triángulo sabatiano. Asimismo, según Ferrer, el pleno

desarrollo industrial zanja definitivamente el falso dilema campo-industria y la pretensión arcaica de volver a ser “el granero del mundo” –en su versión *aggiornada*, “el supermercado del mundo”–, la cual confinaría a la burguesía industrial a funcionar de apéndice de la economía primaria.

Su apertura es el otro pilar sobre el que descansa el modelo de desarrollo de Ferrer. En este sentido, su lema “vivir con lo nuestro” ha sido reiteradamente tergiversado, ya que no supone un esquema autarquizante, sino enfrentar la realidad e interactuar con el resto del mundo a partir del dominio y el desarrollo de nuestras capacidades. Del mismo modo, Ferrer critica la mítica táctica industrial de sustitución de importaciones. El autor postula que concentrar los esfuerzos en simplemente replicar lo adquirido en el exterior no es el camino al desarrollo en estos tiempos; debemos cambiar el chip y pasar a sustituir futuro, creando procesos y productos a partir de la ciencia y la tecnología que nos permitan ganar nuevos mercados -y divisas-.

El Estado anunciado por Ferrer no sólo cuenta con sagacidad económica, además posee fuerza política para hacer frente a la resistencia inevitable de los “poderes fácticos” internos y externos, retardatarios del desarrollo económico nacional al apostar a la primarización económica, la especulación financiera y la consolidación de las posiciones dominantes. A estos poderes fácticos rinde pleitesía el Estado neoliberal.

El neoliberalismo atribuye al “intervencionismo estatizante y agobiante de la actividad económica” (Martínez de Hoz *dixit*) la razón del naufragio nacional, promoviendo la malsana confrontación público-privada. Pese a lo que preconiza, el Estado neoliberal no libera las fuerzas productivas sino que en cambio, esteriliza el potencial de crecimiento de la empresa privada, pujando a su especialización en aquellas actividades de menor contenido tecnológico y valor agregado, amenazando su existencia en caso contrario. Para Ferrer la dictadura militar-corporativa de Videla y Martínez de Hoz ha sido la gran tragedia de la economía argentina, pues a partir de tal punto de inflexión –desgarrador desde todo sentido humano– el país dilapidó sus capacidades industriales. Por tal motivo la Argentina perdería la oportunidad histórica de subirse al tren de la alta tecnología en base a su capital nacional, como sí lo harían países subdesarrollados del otro lado del mundo dirigidos por otro tipo de regímenes dictatoriales. Como experiencias empresariales truncadas por aquella política neoliberal, Ferrer solía citar casos como los de Fate Electrónica –responsable de la producción de las calculadoras Cifra– o Tonomac –fabricante de radios y fundada por su amigo Marcelo Diamand–.

Pero en el libro, no sólo el neoliberalismo es objeto de sus críticas. Pese a los reconocidos éxitos de sus primeros años, el proyecto “nacional y popular” emergido tras la debacle de 2001-2002 no consiguió gestar y desenvolver una estrategia viable de desarrollo económico. Aunque debió enfrentar el ejercicio de los poderes fácticos, no fueron ellos para Ferrer los principales responsables del fracaso y la frustración, sino los hacedores de la política pública al no lograr transformaciones de la estructura productiva y abandonar la sustentabilidad macroeconómica, echando por tierra la potencialidad de un proceso de inclusión social. Ferrer no dejó de advertir estos errores mientras la acción sucedía, pues ante la desidia él percibía al neoliberalismo cobrando fuerzas, aunque no creía que fuera posible un cambio dramático de los acontecimientos.

Con este libro Ferrer sale victorioso en aunar historia y geografía económica, diagnóstico y propuesta, plasmando las principales líneas de su pensamiento económico nacido de la experiencia directa y difundido en una profusa obra. No obstante, este trabajo posee una debilidad significativa: el tratamiento de su objeto de estudio. De la lectura completa del libro surge la sensación que el empresario argentino es un significativo vacío, una hoja en el viento de la política económica, sin rasgos particulares que nos refieran a su carácter, conducta e idiosincrasia. No existe intento por emprender una crítica de la voluntad empresaria argentina, más en función de su medianía pese a la continuidad de privilegios económicos sin contraparte recibidos bajo diferentes formas estatales y recodos a lo largo de la trayectoria económica argentina. Así quedan preguntas sin resolver: si el empresario argentino no es ni especulador ni pobre víctima, ¿qué es?, si todo depende del Estado, ¿qué responsabilidad recae sobre él?, o peor aún, ¿estará más que satisfecho del Estado que tenemos? Las respuestas variarán en función de la heterogeneidad inherente a la burguesía nacional. Por eso, más allá de que el Estado es el gran protagonista de esta novela histórica, debemos adentrarnos también al interior de las fábricas, a los debates de las cámaras gremiales, a la conciencia de emprendedores y especuladores –difiera su naturaleza o circunstancia–; de lo anterior, la frescura con la que contribuyen estudios empresariales, sociológicos, culturales –de los que Ferrer era ferviente lector–.

Aún en la flaqueza anterior respecto a lo empresario, Ferrer se empeña en detectar las precondiciones que habilitan el desarrollo, yendo más allá de lo estrictamente económico. En el concepto de “densidad nacional” –la combinación de cohesión social, solidez democrática, liderazgos de impronta nacional y pensamiento crítico defensor de los intereses locales–, Ferrer encuentra el denominador común de toda gran transformación. En consecuencia, nuestro desvelo estribaría en resolver por qué la Argentina no es capaz de construir una densidad nacional sostenible en el tiempo. Para Ferrer, esto sólo puede hacerse a través de la política, precedente a la economía, fungida al calor de la dinámica social.

Aldo Ferrer, el gran desarrollista argentino, ha sido una figura central del pensamiento nacional. Extraordinario cientista social, se ha caracterizado por su tolerancia, humildad y pasión ilimitada de trabajar por un país mejor. Fue un existencialista económico, llamando a las naciones a ser responsables de su propio destino. Quizás haya tenido la suerte de no ver una vez más la aplicación de aquellos postulados contra los que tanto bregó en su vida. Sea como sea, su espíritu renacerá como el ave mitológica de su conjuro, cuando el país se levante una vez más sobre los restos cenicientos de su economía.

Mario Raccanello¹
marioraccanello@yahoo.com.ar

¹ Área de Estudios Sobre la Industria Argentina y Latinoamericana / Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (AESIAL/IIEP-Baires).